11651

Un sueño

ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA

UN SUEÑO

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

TRADUCIDO DEL FRANCÉS

POR

D. A. E. M. GARCIA

MADRID.
Est. Tip. de los Sres. Viuda é Hijos de Alcántara. Fuencarral, 81.
1877.

Posquera

UN SUEÑO

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/unsueodramaentre2155garc

UN SUEÑO.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

TRADUCIDO DEL FRANCÉS

POR

D. A. E. M. GARCIA.

MADRID.
Est. Tip. de los Sres. Viuda é Hijos de Alcántara, Fuencarra ,81.
1877.

PERSONAJES

INÉS.
MICAELA.
EL CONDE.
ALBERTO.
D. ÁLVARO.
GERMAN.
VALENTIN.
Jueces, magistrados, escribanos, alguaciles, etc.

La accion á principios del siglo: y en una alquería junto á Valencia.

ACTO PRIMERO.

Salon en casa del Conde, arquitectura antigua, Balcon al foro. Dos puertas á la derecha. Una á la izquierda. Mesa en el centro con gaveta. Muebles antiguos.

ESCENA PRIMERA.

MICAELA Y DESPUES GERMAN.

MICAELA. La señorita aún está
respirando el grato fresco,
que el oloroso jardin
pródigo brinda á su pecho.
Más de tres años van ya
que vivo en este aposento,
y aún desterrar no he podido
una sensacion de miedo
que me acometió al entrar.
De los salones inmensos
retumba en las anchas bóvedas
hasta el respirar más lento.
Se asemeja el Caseron
á algun encantado templo,
y como está en despoblado
y de los bosques en medio,

612864

no es de estrañar que á menudo.....
Ay! alguien viene. Un espectro!
Ay!

(Viendo á German que entra dormido por la puerta de la derecha del segundo término.)

¡Es German! Pues me ha dado
buen susto! De angustia tiemblo!

GERM. (Dormido) No hay esperanza! Imposible!
Jamás la obtendrá mi anhelo!

MIC. Qué dice? Vaya que es gracia
la de este torpe mostrenco!
Ya se vé. Como es sonámbulo,
jamás le abandona el sueño!

GERM. Oh! el nacer es cruel desgracia,
si el vivir es un torment!

MIC. (Continuando) Y á más como tiene ese aire
tan repugnante y tan tétrico.....

(Acercándose á German y llamándole con recelo.)

German, German, no me escuchas?

GERM. Oh! Dios justo ¿por qué ha vuelto?

MIC. (Llamándole con más fuerza.)
Vamos, despierta German.

GERM. Todos dicen que soy feo!

MIC. Bien piensan los que tal dicen!

GERM. Que soy tonto!

MIC. No lo niego!

GERM. Tonto yo! Já, já, já, já!....
(Rie sardónicamente)

MIC. Pues esto sí que es más negro!
(Alarmada.)
German, oye!

(Dándole un empellon á German, llamándole con voz muy fuerte y retirándose enseguida.)

GERM. (Despertando) Quién me llama?

MIC. (aparte) (Despierta al fin de su sueño!)

GERM. Me he dormido, no es verdad?
MIC. Me parece; pero creo
que era mejor aguardarte.....
GERM. (Disculpándose.)
Si yo sin querer me duermo!
MIC. Mira en dónde te has metido
sin comerlo ni beberlo.
GERM. Ah! son las habitaciones
de la señorita...
MIC. Pienso
que si te encontráse aquí!....
GERM. No temas. En otro tiempo
cuando ambos éramos niños,
poseedor fuí de su afecto.
Se fué; pero en fin al cabo
de muchos años ha vuelto...
¡Y como ya no es la niña,
sino mujer de gobierno,
no se acuerda del German
que compartia sus juegos!
MIC. Hombre! esto solo faltaba.
Imbéci!, te habrás propuesto
que de igual á igual te trate
la señorita?
GERM. No es eso;
Si yo solo lo decia...
MIC. Harto hace por tu provecho,
no dando quejas al Conde
de tu conducta ..
GERM. (Sobresaltado.)
No entiendo!
En que la falto?
MIC. Tú eres
indolente hasta el extremo!
Ni siquiera en el Jardin
demuestras algun empeño.
GERM. Oh! malditas sean las flores!...

MIC. Calle tu lengua, blasfemo,
que son las flores preciosas
obra del Dios de los cielos!
Mal corazon se requiere
para maldecir lo bello!

GERM. Oh! los dichosos abrigan
un corazon muy benévolo!

MIC. Acaso eres desgraciado?
Que mal te acosa funesto,
que en todo mirar pretendes
desgracia, y rudos tormentos?
Ya se vé, como aprendiste
á leer y escribir...

GERM. Es cierto!
Lós pobres ni aun de quejarse
logran el triste derecho!

MIC. Basta de conversacion
y vete porque ya es tiempo!

GERM. Me voy!

MIC. Escucha; no olvides
saber si llegó el Correo,
y dime si tengo carta...

(German permanece inmóvil mirando hácia adentro.)

Pero no vas... Cómo es eso?
Estás en babia, no escuchas?
Ah! la señorita!...

GERM. Cielos!
¡Es ella!

(Haciéndose á un lado para dejar pasar á Inés, que sale por la puerta derecha, segundo término).

MIC. ¿Hay hombre más tonto?

GERM. (Ap.) Corazon sigue sufriendo!

(Váse.)

ESCENA II.

INÉS, MICAELA.

INÉS. Pobrecillo! No le trates
con tal rigor...
MIC. Si es tan lelo!
Mas que todos. Cada dia
va su torpeza en aumento.
INÉS. Pues por lo mismo merece
la lástima que le tengo!
MIC. No sabe usted, señorita
que me dió un susto estupendo?
Dormido se entró hasta aquí
cual si estuviera despierto...
(Con acento de miedo.)
Y como corren rumores
en esta casa, tan negros!...
INÉS. (Sonriendo.)
Como el miedo es contagioso
se me ha pegado tu miedo.
La otra noche en el sillon
quedé dormida un momento,
y creí notar que alguno
se aproximaba muy quedo.
De pronto sentí en mi mano
el ruido de ardiente beso,
desperté sobresaltada,
y todo estaba en silencio.
MIC. Sin duda, en su sueño usted
creyó recibir un beso.
INÉS. Eso he creido.
MIC. Pues yo,
peores asuntos sueño!
INÉS. Micaela, una noticia
muy buena que darte tengo!

MIC. Cuál? Impaciente la escucho!
INÉS. Le trajo ayer el correo
una epístola á mi padre,
que me causa gozo extremo!
Sus amigos de Madrid,
le han escrito que mi Alberto,
continúa en las proezas
que tanto nombre le dieron!
Que es el mejor en la lucha,
y en la obediencia el primero.
Que hasta del rey señaladas
muestras recibió de aprecio.
Mi padre, que con desden
le miraba en otro tiempo,
hoy, á pesar de que estuve
su grata plática oyendo,
le tributó mil elogios
con entusiasmado acento.
MIC. Muy pronto tendremos boda,
y tras la boda bateo ..
INÉS. Cállate!
MIC. Si, haga usted mimos.
Cuando vendrá Don Alberto?
INÉS. No has recibido una carta
de Valentin?
MIC. Aun no ha vuelto
German que fué á recojerlas.
INÉS. Habrá media hora, lo ménos
que mi padre recibió
las suyas... Corre un momento!...

ESCENA III.

DICHAS, GERMAN.

GERM. (A Micaela desde la puerta de la recha.)
Esta carta para usted

me ha dado há poco el cartero.

MIC. Dámela y vete de aquí
que no haces falta ..

GERM. Voy presto.

INÉS. De Valentin es la letra.

(Tomando la carta de manos de Micaela y mirando el sobre.)

Dirá cuándo viene Alberto.

(Abre la carta y lee con rapidez.)

MIC. A ver, deme usted la mia.

(Tomando la carta de Valentin y mirándola con mucha atencion.)

Ni una sola letra entiendo!
y es que como yo no sé
leer, me estorba lo negro.

INÉS. Dame una silla

(Muy conmovida)

MIC. Qué tiene
usted, señorita?

(Acércándole una silla. Descorrese un poco una de las tablas del friso, y por la abertura que en él queda asoma el rostro German.)

INÉS. Siento
que me mata la alegría!
Me anuncia que ya muy presto
se encontrará entre nosotros!
Dice qne pocos momentos
despues de leida ésta
en Valencia le tendremos.

MIC. Entonces ya habrá llegado!
Yo estoy loca de contento!

(Mirando de nuevo la carta con mucha atencion.)

Y no poder descifrar
los gurrapatillos éstos
apesar de que son gordos!...
Nada! es inútil mi esfuerzo!

INÉS. Dice que esta misma noche

subirá hasta mi aposento
escalando ese balcon
si licencia le concedo!
Oh! sí: que venga en buen hora,
no he de contrariar su anhelo.

MIC. Muy bien dicho. Ya que ha dado
por verle á usted tal paseo,
es justo que se le muestre
algun agradecimiento!
Valentin vendrá con él?

INÉS. Le veré tras tanto tiempo.
Bendita sea mil veces
la bondad del Dios supremo!

MIC. Pero y mi carta, por fin
no se leerá?

INÉS. Voy á hacerlo
que ahora ya te toca á tí.

MIC. (Con regocijo.)
A ver qué dice ese feo.

INÉS. (Leyendo.) Micaelita de mi vida.
De mi corazon el cielo;
luz y niña de mis ojos...

MIC. Qué bien se esplica el mastuerzo.

INÉS. (Leyendo.) Te escribo estas cortas líneas
pues manifestarte quiero,
que mañana, Dios mediante
para Valencia saldremos.
Nunca creí que llegara
el anhelado momento,
de dejar estos Madriles
y ver tu rostro hechicero,
pues has de saber que el amo
—y esto guárdalo en silencio,—
ha tenido en estos dias
unos amores secretos
que le robaban las horas.
(Dejando de leer.) Qué dice?

MIC. Como es tan necio
se ha equivocado sin duda!
¡Qué mal escribe el mostrenco!

INÉS. «Ha tenido en estos dias
unos amores secretos,
con la hija mayor—muy guapa—
de un general del ejército,
á quien la vida salvó
en un sanguinario encuentro!
Los señores, Micaela,
á juzgar por lo que veo,
quieren á su hermosa niña
casarla con Don Alberto.
Y él parece que á esta boda
no pone cara de perro.
Y con esto me despido,
hasta mañana, en que espero
tener el gusto de verte,
y darte un millon de besos!...»
Lo has escuchado Micaela?
no sé, ni lo que padezco!

MIC. No haga usted caso ninguno,
Valentin es un podenco.

INÉS. Aun no es todo! Una posdata.
en la otra página encuentro!
(Leyendo.) Como sé que doña Inés.
leerá mis cartas, te advierto,
que ésta no debe leerla.

MIC. Bárbaro! no crea usted eso!

INÉS. Cuán desgraciada he nacido!
Yo que jamás un momento
en duda puse su amor,
este desengaño obtengo!

MIC. Señorita, llegó el amo!

INÉS. Que no comprenda mi duelo!

(Inés se enjuga las lágrimas precipitadamente y procura serenarse.)

ESCENA V.

DICHAS, el CONDE, que entra por la derecha, segundo término.

CONDE. Qué tienes hija? En tu rostro
miro estampado el dolor!
Por qué lloras? Por qué sufres?
(Procurando sonreirse).
INÉS. No se alarme usted por Dios;
es un poco de jaqueca.
CONDE. De véras?
INÉS. Palabra doy,
CONDE. Cuidado con engañarme!
INÉS. No engaño á usted.
CONDE. Hija, yo
no quiero que estés enferma.
Solo al notar de un dolor
la huella sobre tu rostro,
no sé cuánto el corazon
padece.
INÉS. Oh! padre querido!
Conozco cuánto es su amor!
CONDE. Toma una taza de tila...
Qué es esto?
(Reparando en la carta que Inés dejo caer al suelo.)
MIC. (Ap.) ¡La armamos hoy!
(A Micaela. Se ha descubierto la trama.
Dios me dé su bendicion!
CONDE. Es una carta, contesta!
MIC. Una carta si señor
que me mandaba mi prima
Toribia la de Chinchon?
CONDE. Bah! pues recoje la carta
(Dándosela á Micaela.
Tómala, fuera temor!
Vamos, guárdala.

MIC. Enseguida
Mu...mu...chas gracias, ya voy.
(Tartamudeando.)
CONDE. Qué? Te has vuelto tartamuda?
MIC. Ay! no lo permita Dios.
Es que me duelen las muelas.
CONDE. Tambien enferma!

ESCENA VI.

DICHOS, GERMAN, desde la puerta de la derecha, segundo término.

GERM. Señor?
CONDE. Qué sucede?
GERM. Un caballero,
que de Segovia llegó,
por usia ha preguntado.
CONDE. Quién es?
GERM. Pues dice que es Don
Alvaro de Bustamante.
CONDE. Hazle entrar
GERM. Al punto voy.
(Vanse German y Micaela.)

ESCENA VII.

DICHOS, ALVARO.

(El Conde se dirige hácia la derecha.)
CONDE. Alvaro!
ALV. Guillermo amado!
CONDE. Tú aqui! (Se abrazan.)
ALV. Beso á usted los piés. (á Inés.)
CONDE. Esta es mi hijita...
ALV. Es Inés?

CONDE. Cómo! Ya la has olvidado?
ALV. Una niña encantadora,
era en mi última visita.
Qué tal estás, Inesita?
(Reprimiéndose.)
Cómo se halla usted, señora?
CONDE. Por qué, dándome placer,
cual antes no la tuteas?
ALV. Me arredro, aunque no me creas,
Si es ya casi una mujer!
INÉS. A los cumplidos ajeno
cual antes, tráteme usté;
de lo contrario creeré
que es que ahora me quiere ménos.
ALV. Tu padre, Inesita, y yo
desde la más tierna edad,
fundamos una amistad
que el tiempo consolidó.
Siempre unidos, cual paisanos,
nos quisimos desde niños,
al crecer nuestros cariños
nos queremos como hermanos.
CONDE. Supongo, en casa al tenerte
que ya sabrias de mi;
pues solo á Segovia fuí
el miércoles para verte.
ALV. En ese entré en posesion
del cargo de Juez.
CONDE. Ya ves.
ALV. Y pocos dias despues
con gran precipitacion.
salí de Segovia, un hecho
criminal, de trascendencia
reclamaba mi presencia
en el nombre del derecho.
CONDE. Y qué crímen pudo ser?
ALV. Segun judicial relato,

un terrible asesinato
que cometió una mujer.

INÉS. Desgraciada!

CONDE. Mas qué anhelos
á estremo tal la llevaron?

ALV. En su crímen la guiaron
desdichas, amor y celos!

CONDE. Qué horror!

INÉS. Infeliz mil veces!
Estaba celosa?

CONDE. Mucho!

INÉS. Pobre mujer!

CONDE. (Oh! qué escucho!)
Hija, tú la compadeces?

INÉS. Yo? Por qué no? El criminal
lástima al honrado inspira.

CONDE. Medítalo bien, y mira,
que este es caso excepcional.

ALV. Del crímen la torpe accion
cometiera esa estraviada,
con la astucia refinada
de la premeditacion.
Y aunque con noticias nuevas
la ley, claridad reune,
acaso el delito impune
quede por falta de pruebas.
Aquí he traido el puñal,
con intencion, pues medito
por el cuerpo del delito
conocer al criminal.

CONDE. Es horrible.

(Acercándose á la mesa para reconocer el puñal á la luz.)

ALV. Si averiguo
la verdad... A tu recuerdo
invocando...

CONDE. No me acuerdo

de haberlo visto. Es antiguo

ALV. En el pomo, mira acá,
junto á dos raras señales,
vénse estas tres iniciales...

CONDE. No las veo...

ALV. C. L. A.
Conoces, Conde, algun hombre
á quien cuadren esas letras?

CONDE. De pronto, así...

ALV. No penetras
con esa luz, ningun nombre?

INÉS. (Oh! que sospecha me agobia!)

CONDE. Quizás pensándolo acierte...
(Variando la conversacion.)
Supongo no has de volverte
hasta el lúnes á Segovia?

ALV. Eso haré!

CONDE. Grato contento,
me dás; compañero leal...
(German asoma el rostro por donde antes.)
Ya hablaremos del puñal.
(Lo guarda en el cajon de la mesa.)
Tú estás cansado!

ALV. No siento...

CONDE. Si prefieres retirarte
sé franco; en tu casa estás.

ALV. Si antes licencia me das
quisiera á solas hablarte. (Bajo al Conde.)

CONDE. Vé Inés, y dile á Rodrigo,
que sin mucha dilacion
disponga la habitacion
que debe ocupar mi amigo.
(Váse Inés por la derecha.)

ESCENA VIII.

EL CONDE, DON ALVARO.

CONDE. Puedes hablar.
ALV. Me parece
que tu Inés está algo triste,
CONDE. En qué se lo conociste?
ALV. Alguna pena padece?
CONDE. Una tiene.
ALV. Pues cuál es?
CONDE. Qué pena el pecho sustenta
de una muchacha que cuenta
los años que tiene Inés?
ALV. Mal de amor? Eso barrunta
mi mente.
CONDE. Mal que me cuadre!
ALV. Lo sabes?
CONDE. Si fueras padre
no me hicieras tal pregunta!
Un padre, aunque el mal sufriendo
silencio á su pecho exija
siempre conoce si su hija,
á un nuevo afecto cediendo
le idolatra á él solo fiel;
ó si de pasion llevada
quiere, tal vez obcecada,
más á un extraño que á él.
ALV. Y logró esa simpatía
merecer tu aprobacion?
CONDE. No; porque el novio en cuestion
á mi fin no convenia
ALV. Que causa?
CONDE. Deja que doble
la hoja.

ALV. Pero sin saber!
CONDE. Curioso! Fué por no ser
hijo de familia noble.
ALV. Añejas preocupaciones!
Ridícula y vil miseria!
CONDE. Creo que en esta materia,
diferimos de opiníones!
ALV. No es que yo pretenda entrar
en cuestion que es de interés,
¿por qué el novio de tu Inés
no merece emparentar
contigo?
CONDE. Yo no decia
que indigno el muchacho fuese,
ni que no la mereciese;
sino que no merecia...
ALV. Y ahora?
CONDE. Si en mi presencia
solicitara su mano
accederia yo ufano
con cariñosa impaciencia!
ALV. Pues entonces mi embajada
ha sido inútil.
CONDE. No entiendo!
ALV. Te la explicaré, sintiendo
que no haya servido en nada.
El rey tiene, á lo que infiero,
especial estimacion
á su leal campeon
don Alberto de Montero.
Sabiendo que soy tu amigo
me ha encargado que esta boda,
si á tu designio acomoda,
de acuerdo arregle contigo.
Exigiendo á mi lealtad
que nada al novio se diga,
miéntras saber no consiga

tu paterna voluntad.

CONDE. Al rey, en mi nombre dí
que accedo con gusto, es cierto;
cuando no valia Alberto
por sus padres, ni por sí,
combatí su inclinacion,
por no verme rebajado;
hoy, al contrario, el honrado
yo soy con su peticion.

ALV. Cuanto, Conde, me envanezco
en poder tu amigo ser!

CONDE. Por cumplir con mi deber
tai elogio no merezco!

ALV. De Inés, puedes presumir
que acepte tan noble union?

CONDE. Aguardaba una ocasiòn
de podérselo decir,
á mi dignidad esclavo,
aunque el amor la taladre,
sin que el decoro de padre
sufriese algun menos cabo!

ALV. Oportuna es. ¿Por qué tardas
en dar á su corazon
el premio de su pasion,
la paz, la dicha, á qué aguardas?
Te aflijes? Incomprensible.
es ese llanto.

CONDE. Casar
á una hija sin llorar
fuera una cosa imposible!

ESCENA IX.

DICHOS. INÉS.

INÉS. La habitacion del señor
don Alvaro, está dispuesta.

CONDE. Acércate Inés, pues tengo
que darte una buena nueva.
ALV. Préparate á recibir
la ventura con que sueñas.
INÉS. En verdad, no sé...
CONDE. El señor (Por D. Alvaro.)
por la voluntad excelsa
del rey, me pide tu mano.
INÉS. (Qué escucho cielos!)
ALV. (Cuál tiembla!)
CONDE. Para un leal servidor
de la corona; sorpresa
te causará esta noticia;
pero si con calma piensas...
INÉS. Don Alvaro, padre mio...
casarme?
ALV, Acaso te pesa?
INES. Si, por Dios; padre, no quiero
casarme!
CONDE. Quién lo creyera!
Ni con Alberto Montero?
INÉS. Con Alberto! (Vil flaqueza!) (Con alegría.)
Ah! no señor; mucho ménos, (Con amargura.)
con ese, que con cualquiera.
ALV. Qué dices?
CONDE. Estás en tí?
INÉS. Si, padre, por suerte adversa,
Alberto tiene otra novia.
CONDE. Inés!
INÉS. La noticia es cierta.
CONDE. Basta. Mañana á Madrid (Con tono severo.)
escribiremos tal nueva,
procurando averiguar!
Recógete. Es tarde.
INÉS. Buenas
noches, mi señor don Alvaro.
ALV. Hija, hasta mañana.

CONDE. Amengua
tu dolor, que en breve tiempo
te haré ver que tus sospechas
y tus celos, infundados
tan solo son.

INÉS. Dios lo quiera!

(Vánse el Conde y D. Alvaro por a izquierda, segundo término.).

ESCENA X.

INÉS, sola.

Mi padre con gozo cierto,
venciendo al fin su rigor,
quiere, invocando su amor,
que me case con Alberto!
Valor, corazon, que asombre
al dolor tu fortaleza;
fuera una digna vileza
pensar más en ese hombre!
Le aborrezco porque trunca
mi esperanza!... Sino fiero,
no puedo, no; que le quiero
al contrario más que nunca!

ESCENA XI.

INÉS, MICAELA, saliendo por la derecha, segundo término.

MIC. El señor Conde y su amigo,
señorita, están ya dentro.
con que si vienen, al punto
entrada darles podremos?

INÉS. De quiénes hablas?

MIC. Pues de

Valentin y don Alberto!

INÉS. No le veré.

MIC. Cómo no?

INÉS. Puedes retirarte.

MIC. Pero
no seria conveniente
averiguar si en efecto
el señorito la olvida
por otra...

INÉS. Guarda silencio!
Todo está ya averiguado.
Déjame.

MIC. Pues yo, en su puesto
le veria aunque solo fuera
para hartarle de improperios
satisfaciendo mi cólera!

INÉS. Tranquila estoy; no la tengo!
Déjame; quiero estar sola. (Vase Micaela.)

ESCENA XII.

INÉS, sola.

INÉS. Ya estoy sola! Oh! cuán aislada
desde que más no le quiero
me creo estar. Olvidada,
por otra soy despreciada,
y sin embargo, no muero!
Tengo miedo; siento frio...
tal vez cerrando esa puerta.
(Cierra la puerta derecha, segundo término,)
Dame tu auxilio, Dios mio!
Y por la ventana abierta
querrá subir.—Hado impio!
(German asoma por donde antes.)
Es él; esa es su señal...

Pediré al sueño su calma
que treguas brinde á mi mal;

(Se oye en el balcon el ruido de colgar una escala.)

aunque no duerme el mortal
con un infierno en el alma!
oh! no hay remedio; el balcon.
ya sube! La indignacion
logre acallar la venganza,
aunque al perder la esperanza
sucumba mi corazon!

(Engancha la escala, vuelve al proscenio y se sienta. Alberto entra por el balcon.

ESCENA XIII.

INÉS, GERMAN, ALBERTO.

ALB. Cómo! Nadie! Oh! si, allí está!
Inés! Amor de mi alma! (Acercándose á ella.)
Inmóvil, extraña calma.
Que es esto? No me amas ya?
Ni una palabra me dices,
ni aun vuelves á mí los ojos?
Mírame! Inés, sin enojos
como en tiempos más felices.
Háblame, aunque inconsecuente
me maldigas.

INÉS. Ardor nécio!
Nunca maldice el desprecio
cuando reina solamente!

ALB. Tú desprecias mi anhelar
porque te adoro!

INÉS. Me quieres!
Un hombre á cuántas mujeres
en un dia puede amar?

ALB. Ningun hombre si al deber
rinde tributo profundo,
puede adorar en el mundo,
más que á un Dios y á una mujer.

INÉS. Y si de la infamia en pos
quiere á dos, torpe y aleve,
cuál de las dos creerlo debe?
Cuál!...

ALV. Ninguna de las dos!

INÉS. Dices bien; por que tú mismo
(Levantándose.)
te condenas; de mi vista
huye presto, la conquista
á gozar de tu cinismo!
Soy de tu crímen el Juez.
Por eso á tu lado estoy,
para declararte que hoy
me hablas por última vez!
Ya me has visto, á no dudar
comprendes mi enojo cierto...

ALB. Pero reflexiona...

INÉS. Alberto..!
Ya se puede usted marchar.

ALB. Tras una lucha incesante
te he escuchado; no te asombre,
entre la altivez del hombre
y el corazon del amante.
Cuando ardiendo con la llama
de la ausencia, loco y ciego,
de nuevo á tu vista llego,
que en amor loco me inflama;
tú me recibes severa,
desdeñosa, el pecho helado;
me rechazas de tu lado
y me injurias! Vil quimera,
Es esta Inés la pasion
que en otro tiempo invocabas?

Eres tú la que adorabas
al que te dió el corazon?

INÉS. Ya obtiene digna presea
tu valor!

ALB. Qué?

INÉS. Por mi mal,
la existencia á un general
le salvaste en la pelea.
Ese general es padre.
Quieres á su hija, seguro.

ALB. No es cierto!

INÉS. Jura!

ALB. Lo juro
por la gloria de mi madre...
Y el alma, que es religiosa,
no puede jurar en vano.

INÉS. Perdona y tuya es mi mano!
Oye una nueva dichosa.
Seremos muy venturosos,
Dios me dá nueva ventura.
Muy pronto, se me figura,
nos llamaremos esposos.
Hoy un amigo ha venido,
y en nombre del soberano,
para tí, Alberto, mi mano
á mi buen padre ha pedido!

ALB. Pero tu padre?..

INÉS. Orgulloso
hace que mi amor te elija,
porque ambiciona que su hija
tenga un héroe por esposo.

(Descórrese del todo la tabla del friso, y por la abertura sale sigilosamente German, dando á entender con los ademanes y el gesto el frenesí de que está poseido.)

ALB. Mi mente á sondear alcanza
por qué tanto bien no merece!

Imposible me parece
que se cumpla ésta esperanza!

INÉS. Se cumplirá quizás hoy,
sere tu esposa! (Con gozo.)

ALB. Mi Inés!
(Con espansion abrazándola.)

INÉS. Qué haces?
(Queriendo retirarse.)

ALB. Perdóname; es
el primero que te doy!

GERM. (Será el último!)
(Abre él cajon de la mesa, saca el puñal, y apaga la luz. Inés da un grito y retrocede.)

ALB. Oh! sin duda
es el viento.

INÉS. Alberto! Alberto!
(Buscándole sobrecogida de espanto. Coje la mano de German que busca á Alberto.)

ALB. No temas! (Buscándola.)

INÉS. El pecho yerto
tengo en sorpresa tan ruda!

GERM. (Oh! es ella! (Separándose de Inés.)

ALB. El miedo ja, ja!.. (Riéndose)

INÉS. No te rias!
(Asiéndose á German creyendo que es Alberto. German áse á Alberto por un hombro con la mano que le queda libre.)

ALB. Oh! qué mano!
Qué hierro me oprime insano!
Inés ja, ja, ja! Inés! Ah!
Grito prolongado al recibir en el costado una puñalada que le asesta German.)

INÉS. Oh! Dios mio! Por qué clama
de esa manera! ay de mí!
Alberto! Ya no está aquí!
Dime, donde estás

VAL. (Fuera.) Quien llama?

INÉS. Venid pronto, se me hiela
la sangre, fatal anhelo!
Socorro! Alberto! En el suelo!
Padre, German, Micaela!
Que tienes? Pronto responde,
Que te ha dado? No palpita
Socorro! Aquí!

ESCENA XIV.

VALENTIN, subiendo por el balcon; despues MICAELÁ, EL CONDE GERMAN, DON ALVARO y CRIADOS con luces.

VAL. Señorita,
Que sucede?
INÉS. Venid.
VAL. Dónde?
INÉS. Quien és?
VAL. Valentin yo soy,
que junto á la escala yerto...
INÉS. La vida de don Alberto
peligra!
VAL. Volando voy!
CONDE De mi hija el acento és!
MIC. Al cuarto de la señora!
INÉS. Oh! Vírgen consoladora!
un cuchillo!
(Desde fuera empujando la puerta.)
CONDE. Inés! Inés!
ALV. Que nadie salga!
CRIADOS. Es alií!
INÉS. Las manos mojadas siento!
VAL. Es sangre!
INÉS. Sangre! Al momento
Venid, socorro! Ay de mí!
MIC. Senorita!
ALV. Aunque no os cuadre
Cerrad!

CONDE. Oh, pierdo la calma!

ALV. Abrid!

CONDE. Hija de mi alma! (Entrando.)

INÉS Padre mio! padre, padre!
Ay Jesús!

CONDE. Alberto!

TODOS Alberto!

CONDE. Qué presentimiento vago
me asalta!

INÉS (Viendo á Alberto.) De sangre un lago
vierte su herida!

ALV. Está muerto!

(CUADRO. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO II.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

CONDE, DON ALVARO.

CONDE. Alvaro, nada me ocultes!
Habla presto. ¿Cómo está?
ALV. Mejor. El médico tiene
esperanzas de salvar
su vida. Y ella?
CONDE. Hace poco
cesó el delirio mortal,
en que ha pasado la noche.
Era el hablarle su afan;
ahora vuelve la reaccion,
y una gran debilidad
la rinde; parece muerta!
ALV. Tambien él quiso burlar
mil veces mi vigilancia
para lanzarse detrás

de Inés. Ha dado á entender
alguna cosa?

CONDE. Al hablar,
cuenta sus celos y ultraja
á esa mujer ideal,
que el cariño de su Alberto
con terrible voluntad
le roba. Tiembla, suspira,
do quiera cree un puñal
contemplar á todas horas
tinto en sangre...

ALV. (Que ansiedad!
Padre infeliz!)

CONDE. (Por desdicha (Observando la actitud
calla y suspira no más!) sombría de D. Alvaro.

ALV. Guillermo, en tu misma casa
(Con gravedad.) un crímen tuvo lugar;
los ministros de Justicia
en llegar no tardarán...

CONDE. Oh! Me lo dices de un modo!

ALV. Sospechas tú quien será
el agresor?

CONDE. Yo?

ALV. Contesta!

CONDE. Nada sospecho! quizás...

ALV. Declara al amigo fiel
en tono confidencial,
lo que luego ante los jueces
por la ley declararás!

CONDE. Pero qué quieres que diga?
Nada alcanzo á sospechar!

ALV. Un crímen se ha cometido,
aquí; no encontramos más,
que á Montero y su criado,
con tu hija Inés...

CONDE. A parar (Con horror.)
dónde van tus inducciones?

ALV. Micaela... (Sale Micaela.)
CONDE. Y mi hija?

ESCENA II.

DICHOS, MICAELA.

MIC. Ya
Sosiega, aunque algunas veces,
con trabajo al respirar
abre los ojos!
ALV. Bien; qué hora
era cuando por tu mal
te separaste tú anoche
de doña Inés?
MIC. La verdad,
eran las once.
ALV. Y estaba
Inés enterada ya
de que Alberto volveria
á verla?
MIC. Vaya! y de más.
ALV. Dí, y antes de irse á la guerra
sabes, si tu ama, llegar
hasta ella permitia
á Don Alberto?
MIC. Si tal,
casi todas las veladas.
ALV. Sola ó contigo.
MIC. No más
que conmigo.
ALV. Y cómo anoche?
MIC. No la pude acompañar,
porque tenazmente quiso
que la dejára...

ALV. (meditando) En verdad,
extraño empeño.
MIC. Yo quise
quedarme, pero ella tan
irritada me exigió
que me fuera; y además
como me dijo, que al otro
no le dejaria entrar!
ALV. Sin duda tendria celos?
MIC. Sí, señor; como un caiman,
Todo era decir, «Venganza.»
ALV. Y tu ama sabia ya
que ese caballero fuera
infiel á su amante afan?
MIC. Al ménos se lo creia
ALV. Y quién le ha podido dar
noticias suyas?
MIC. Yo soy
novia del criado...
ALV. Ajá!
MIC. De Don Alberto; el cual es
sin añadir ni quitar,
de los hombres de este mundo
el hombre más animal.
Anoche una carta suya
me entregaron, en la cual
me referia que su amo
ardia en amor tenaz
por otra niña, en Madrid;
la señora al intentar
leerme la tal cartita
se enteró.
ALV. Y adónde está
esa carta?
MIC. Aquí la tengo.
ALV. Pues dámela.
MIC. Esta es, tomad.

CONDE. (Mi sangre circula apénas,
no late mi pecho ya!)
ALV. Sospechas si alguien anoche
quedó escondido?
CONDE. Es verdad,
alguien quizás escondido
pudo... (Con interés mal fingido.)
MIC. No señor, no! Cá!
Si antes de irme revisé
los cuartos.
ALV. Decir podrás
quién cerró anoche la puerta
por dentro?
MIC. La ví cerrar
á doña Inés desde fuera.
ALV. Vé con tu ama.
CONDE. (Dios, piedad!)
MIC. Y vivirá don Alberto?
ALV. Nadie lo puede afirmar;
vivirá si Dios lo quiere!
MIC. Dios es bueno y lo querrá!
(Váse Micáela.)

ESCENA III.

EL CONDE Y DON ALVARO.

CONDE. Esa muchacha, sin duda
dejó oculto al asesino.
ALV. Guillermo de tí no es propio,
el achacar el delito
á la inocencia!
CONDE. No acuso
á nadie, más cual tú digo
lo que sospecho.
ALV. Con todo,
hice yo mismo el registro
anoche; más nada hallé...

CONDE. Y ese balcon? ¿No han podido?..
ALV. Valentin!
CONDE. Oye...
ALV. Te escucho!
CONDE. Por más que digas, insisto
en que es ese Valentin
el verdadero asesino.
ALV. No lo creo!
CONDE. Pero alguno
ha de ser! (Desesperado)
ALV. (Con pena.) (Rudo martirio!)
CONDE. Quien quieres si no que sea?
ALV. Valentin.

ESCENA IV.

DICHOS, VALENTIN.

VAL. Desde que he visto
que el Juez es este señor,
le tengo un miedo!
ALV. Preciso
es que digas la verdad!
acércate!
VAL. (No han mentido
los que afirman que los jueces
son intratables y ariscos.)
ALV. Acércate más.
VAL. Ya voy.
CONDE. Parece por los indicios
que estás inquieto, turbado!
VAL. No me faltan los motivos!
El susto de anoche: ver
á mi amo tan mal herido...
Ay amo, infeliz!...
ALV. Silencio!

VAL. Me callo, señor; no chisto!
CONDE. Natural es que deplores
el incidente imprevisto;
pero extraño que un soldado
que vió frente al enemigo,
tenga tan poco valor:
bien es verdad que el delito.....
VAL. Delitos? Yo delincuente?
Por Dios, señor! Si yo he sido
del cuerpo de cazadores
el soldado más pacifico.
No mato ni las hormigas...
ALV. Basta: lo doy por sabido!
Mira esa carta. Confiesas
que tú mismo la has escrito?
VAL. Si señor, es de mi puño.
(No hay remedio, si muy listo
no ando yo con esta gente,
me mandarán á un presidio!)
ALV. Dí, á tu amo acompañaste,
anoche, segun me han dicho,
desde Segovia hasta aquí.
VAL. Si señor, todo el camino!
ALV. Cuando don Alberto entró
por ese balcon, repito
que no me engañes, qué hiciste?
VAL. Aunque me crispaba el frio,
le esperé junto á la escala.
ALV. De modo que hubieras visto
salir ó entrar á cualquiera?
VAL. Sí tal.
ALV. Y por qué motivo
escaláste ese balcon?
VAL. Escuché angustiosos gritos...
ALV. Bien, demuéstrame que tú
no entraste antes
VAL. ¡Dios mio!

Ella y mi amo lo dirán

ALV. Con que no fuiste tú el mismo
que hirió al señor Don Alberto?

VAL. Yo! qué dicen! Jesucristo.
Herir yo al rey de los amos?
Ay! amo mio!

ALV. Quedito!

VAL. Es cierto; no me acordaba.
Pero señor; es inícuo
levantarme esa calumnia,
para que pague el delito
del otro.

CONDE. Escúchalo, Alvaro,
con que es otro el asesino?

ALV. Lo sabe, lo ves Guillermo? (Muy contento.)

VAL. Ya lo creo, y usía mismo
lo sabe; más como es padre...

CONDE. Infame, que es lo que has dicho!
Te atreves á suponer!....

VAL. Dios me ampare!

ALV. Espera, amigo!

CONDE. Esto es cosa de estraviarse
la razon; tú el asesíno
eres, y á un otro acriminas,
para evitar el castigo!
Mira, si me lo confiesas,
todo, te juro por Cristo
qué aun á costa de mi vida
te salvaré; con sigilo
saldrás de aquí; te daré
cuanto anheles; serás rico!
No se te hará el menor daño,
si el crímen saber consigo.
Solo deseo aclarar
un hecho, que casi he visto,
una duda; una ruin sombra
de duda que hay en mi espíritu!

Si tú supieras lo que es
para un padre, este intranquilo
vacilar, esa sospecha...
que es un perenne martirio.
No, no, yo no lo sospecho
siquiera; cómo atrevido
me lanzara á sospecharlo?
Tú eres el culpable. Dímelo.

VAL. Pues señor, no diré tal,
aunque me quemaran vivo!
Lo que diré, si me apuran
la paciencia, á aquel que oirlo
se preste, es que segun toda
probabilidad.....

CONDE. Impío!...
Calla, calla...

VAL. Gritaré

CONDE. Nadie te acusa.

ALV. Ya he oido
cuanto importaba; así puedes
retirarte...

VAL. Repetirlo
no os haré. (Dios no permita
que me cuelguen estos picaros!)

ESCENA V.

EL CONDE, DON ALVARO.

ALV. Bien lo sé. Que inescrutables
los hondos abismos son
del humano corazon
de sus juicios insondables!
En un instante del cieno
puede el malo desprenderse,
y en un instante perderse

también puede el que fué bueno;
si al ver morir su esperanza
en vez de invocar á Dios,
se sigue del placer en pos
que le incita á la venganza.
Dónde está el puñal?

CONDE. No sé
Piedad de mi ánima opresa...

ALV. Guillermo...

CONDE. Estará en la mesa
en que anoche lo dejé.

ALV. Búscalo pues! Está ahí?

CONDE. Debe estar!...

ALV. Pero está ó no?

CONDE. Estará; mas quizás yo...

ALV. Qué?

CONDE. No lo encuentre. (Ay de mí!)

ALV. Aguarda un punto!

CONDE. Estoy yerto!
Ella... infeliz!... criminal!...

ALV. Guillermo, éste es el puñal
(sacándolo del cajon de la mesa). que anoche hirió á Don Alberto!
No lo reconoces?

CONDE. Cómo!

ALV. Observa.

CONDE. Mas las señales...

ALV. Mira las tres iniciales
esculpidas sobre el pomo!

CONDE. Alvaro, por fin!... (con inmenso dolor.)

ALV. Guillermo!

CONDE. Con que ella ha sido!

ALV. No digo...

CONDE. Con que Inés... perdona amigo...
Está tu cerebro enfermo!
Ella tan pura, esgrimir
el puñal del asesino?...
Tu estás loco... desatino!

Ella matar? Ella herir?

ALV. Tan buena como ella era
y tan jóven la aldeana,
de que te hablé ayer mañana,
que crímen tal cometiera,
El vehemente corazon
de Inés; el tener á mano
ese puñal inhumano;
y tal vez la ofuscacion,
al ver la ilusion desecha
de su boda... Tu lo vés,
lógico parece que es
abrigar esta sospecha.
No lo comprendes?

CONDE. Oh! acaba,
no más tu razon me aflija.
Cómo quieres que en mi hija
mire del crímen la esclava?
A tí tal vez la cabeza
te dice, sí! y la razon,
pero á mí, mi corazon
me dice, nó! con firmeza.
Aparta esa idea extraña
que amistad y afecto trunca,
Alvaro, mira que nunca
el alma de un padre engaña! (Ligera pausa.)
vano es que taladre
mi angustia tu rigidez;
tu solo en esto eres juez,
pero yo soy más ¡soy padre!
Soy padre, escuchas?

ALV. Mi intento
es no dejar á tu mal
esa esperanza fatal
que aumenta luego el tormento!

ESCENA VI.

DICHOS GERMAN.

GERM. Ya los ministros, señor,
aguardan!
ALV. Házlos entrar! (Váse German.)
CONDE. Alvaro!
ALV. Cese el llorar,
no duden de tu valor.
CONDE. Sea tu amistad propicia!
ALV. La ley es antes...
CONDE. Piedad!
Ay! Alvaro; y la amistad?
ALV. Ay! Guillermo, y la justicia?

ESCENA VII.

EL CONDE Y GERMAN.

CONDE. Qué va á ser de nosotros? Agobiados
con la tortura del fatal proceso;
la justicia en mi casa! La hija mia
de una sospecha al peso sucumbiendo,
Padre infeliz, Inés desventurada,
por qué las horas de tu dicha huyeron?
GERM. (A parte.) Por doquiera dolor; sangre doquiera;
allí cruda afliccion; allí sediento
de amarguras, el ángel de la muerte
sus negras alas sobre mi batiendo!
CONDE. Duerme, la fiebre á su pesar la rinde
del letargo ante el pálido beleño.
Será posible que tras ese rostro,
tras esos ojos dulces y serenos,

pueda ocultarse un corazon malvado
capaz de una traicion y un sacrilegio?
Necesito pensar que soy su padre
para hallar en el alma algun consuelo!
(á German.) Ayúdame á inquirir dónde se oculta
el criminal que destrozó mi pecho,
con el puñal de la sospecha injusta
del deshonor, quizás, con el veneno!
Si está aquí entre nosotros; si contempla
nuestro dolor, horrible en su silencio,
cómo no se arrepiente? Cómo infame
no aclara esa verdad, que sabe el cielo?
¿Concibes tú que existan en el mundo
corazones tan viles y perversos?

GERM. (Por qué la tierra en sus abismos hondos
no me oculta al oir estos lamentos!)

CONDE. Preciso es descubrirlo, fiel amigo.

GERM. (Oh! que angustia tan cruel, qué sufrimiento!

CONDE. Yo por saber quién es, yo por el nombre
del asesino vil, cuanto poseo
gustoso diera; hasta mi propia vida!
Ayúdame German, en este anhelo.
Mas se vá mi razon. Dios poderoso,
no nubles la verdad á mi cerebro! (Vase.)

ESCENA VIII.

GERMAN, solo.

Sangre, sangre de aquel; lágrimas de éste,
aún destila mi mano. Será cierto,
que de la sangre los torrentes queman,
y que es el llanto condensado fuego?
(mirando una espada que está sobre la mesa.) Oh! su espada! La egida salvadora
que en el combate secundó su esfuerzo,
al arrojar al enemigo aleve,

del filo del fatal, traidor acero,
no supo defenderle. Allí se agita!
La muerte quiere á su eternal imperio
arrastrarle; la vida no le deja,
y en esta lucha combatiendo á un tiempo
la guadaña fatal, la muerte pálida,
giran en torno de su triste lecho!
Allí está! y sin embargo donde quiera
miren mis ojos, por mi mal le veo;
ahí está; y sin embargo muera ó viva
donde quiera hallaré su horrible espectro!
Reíase feliz, pero su risa
en gemido trócose lastimero,
«Já, já, já!... Ven Inés, ven á mi lado.
Pero qué brazo me comprime férreo?
Ay! ay! Lo mismo fué! Oh! de quién huyo?
de mí mismo; más ay! que huir no puedo.
(Transicion). Por todo el oro que atesora el mundo,
por todas las riquezas de un imperio,
no vertiera mi mano ni una gota
de esa sangre fatal! Pero estar ciego
para todo otro móvil, que lo sea
mirar de esa mujer el rostro bello;
ser un cadáver, para todo siempre
miéntras no alumbre con su amor mi sueño;
no existir para mi, mas Dios, más mundo,
que esa mujer, y oir pese á mis celos
que dice á otro mortal: Te adoro amante,
en tí no más mi bienestar concentro!»
Verla en brazos de un hombre que le llama
la esposa de su amor, con embeleso,
y poder evitar tanta amargura,
y acabar de una vez tanto tormento,
con una puñalada, y no clavarla
del amante dichoso por el pecho...?
Imposible! La dí, y hasta mil veces
la diera á mi tortura dando un término!

Tranquilo estoy, cual ántes; la inocencia
preste á mi rostro su fulgor sereno!

ESCENA IX.

GERMAN Y MICAELA.

MIC. German?
GERM. (Desconcertado) Eh! quién es, que ansías?
Por qué me escuchas? Contesta.
Que haces ahí, manifiesta
qué quieres; por qué me espías!
MIC. Jesucristo! Extraño alarde
por saber; si de llegar
acabo apénas, y hablar
aun no he logrado!...
GERM. (Avergonzado de su temor.) (Cobarde!)
MIC. Los jueces con impaciencia
de tu planta van en pos...
GERM. Será verdad que hay un Dios?
(Ap. con remordimiento.) Será verdad que hay conciencia?
Ah!
MIC. Qué es eso?
GERM. Por el suelo
de sangre una mancha viera!
MIC. Vírgen santa!
GERM. Donde quiera
(Ap.) sangre, lágrimas y duelo!
Por qué este grito profundo
siendo inocentes los dos?...
(A Micaela buscando un falso consuelo.)
Será verdad que hay un Dios
que marca al malo en el mundo?

ESCENA X.

MICAELA, VALENTIN y despues ALBERTO.

MIC. Pobre señorita mia!..
(Haciendo una seña á Valentin) pst! ya me ha visto!
VAL. Qué quieres?
MIC. Sal.
VAL. No puedo; porque al médico
se lo han llevado los jueces,
y no hay nadie más que yo.
MIC. Y el enfermo?
VAL. Por su suerte
se encuentra más aliviado.
Dice el médico que cree
en su salvacion!
MIC. De véras?
Por tal de que se pusiese
bueno, digo la verdad,
me cortaba el dedo éste.
VAL. Pues yo diera hasta una mano,
la que más falta me hiciese;
y aún las dos á ser preciso,
Pero dónde están los jueces?
MIC. Están en la sala grande
del patio. Gran rato tienes
para hablar conmigo, antes
de que nuestro turno llegue!
Dime, Valentin amado,
es cierto que tú me quieres?
VAL. No, Micaela, yo te adoro
MIC. Quita. De broma estás siempre!
ALB. Al fin, burlando el criado
(Asomando por una puerta y escuchando.) logré que solo me dejen!
Si pudiera verla un punto!..
MIC. Pues si es cierto que pretendes

amarme, preciso es que me hagas
un favor!

VAL. Te lo promete
mi cariño.

MIC. Cuando el Juez
la declaracion solemne
te exija, tú le dirás...

VAL. Le diré cuanto me ordenes.

MIC. Que fuiste tú! el criminal,
el bribon.

VAL. Vírgen celeste!

ALB. Qué es esto?

MIC. Lo has ofrecido.

VAL. No haré tal, aunque me tuesten!
Tambien quieres tú que yo
pague el pato!

MIC. Te arrepientes?
Segun el médico dice
casi don Alberto ofrece
seguridad de vivir.
La pena que te impusieren
no será cosa mayor...

VAL. Nada, la horca!..

MIC. No lo esperes,
A lo sumo, algun presidio.
Luego el rigor de las leyes,
cesaria, porque el rey
haria tu pena estéril.
Qué gloria para tí fuera
dejar de ser inocente
por algun tiempo, y gastar
la gloria que el cielo ofrece,
á los que se sacrifican
por una amistad ardiente.

VAL. Dale! dale! Y si me ahorcan?

MIC. Mejor!

VAL. Mujer, qué profieres?

MIC. Entonces fuera tu fama
más grande aun!

VAL. Que te lleven
los demonios!

MIC. Vamos, ten
mejor corazon.

VAL. No esperes...

MIC. Pero y si caen las sospechas
sobre Doña Inés; accede!..
Una señora tan digna
en el poder de esas gentes!

VAL. Nada hay de extraño; si cae,
bien merecido lo tiene!

MIC. Por qué?

VAL. Toma, porque ha sido...

ALB. Oh! qué escucho!

MIC. Mientes, mientes!

VAL. Dime, no estaban cerradas
las puertas?

MIC. Cómo, te atreves!..

VAL. No me dijiste que nadie
anoche pudo esconderse,
pues registraste tú misma
los cuartos?

MIC. Sí.

VAL. No comprendes,
que nadie puede bajar
ó subir, sin que lo viese,
yo, por la escala? Pues bueno;
todo el mundo está conteste,
en decir que Doña Inés,
sola estaba, aunque lo niegues,
con Don Alberto!

MIC. Es verdad
que en eso todos convienen.
El puñal con que fué herido
Don Alberto, enteramente

es igual al que Don Alvaro
trajo anoche, tú me entiendes? (Con intencion.)

VAL. Dices bien por que es el mismo.

ALB. (Dios eterno, compadéceme!)

MIC. Pues por eso es necesario,
salvar á esa niña débil,
y á su desgraciado padre.

ALB. Dónde está Inés? (Presentándose bruscamente.)

MIC. (Asustada.) (Dios, protégeme!)

VAL. Se escapó al fin!

ALB. Micaela,
dime la verdad; tú crees
que ha sido Inés?

MIC. Yo, señor!...

ALB. Y tú Valentin?

VAL. Parece,
segun todas las señales
que ella fué!...

ALB. (Indignado.) Pícaro, mientes!
Te voy á ahogar!

VAL. Todo el mundo
se ha propuesto deshacerme!

ALB. Inés mia, ven!

INÉS. (Saliendo.) Alberto!

ALB. Idos de aquí! (pobres gentes!)

ESCENA XI.

INÉS Y ALBERTO.

INÉS. Yo tambien te buscaba, amado Alberto.
Mas me impiden llegar hasta tu lado.
Con que es cierto que vives, con que es cierto,
que te puedo abrazar, que te has salvado?
Pero esa herida, Alberto de mi alma,
nome atrevo, mi bien, á contemplarte

por que temo al perder mi antigua calma
que aún mi vista pudiera lastimarte!

ALB. Siéntate Inés, aquí; la voz no puedo
esforzar...

INÉS. Lo comprendo: habla muy bajo,
ó mejor, que no hables te concedo,
quiere ahorrarte, mi amor, ese trabajo.

ALB. Ah! No me mata Inés, la abierta herida
que del martirio me dará la palma;
el mal crüel que inmolará mi vida
es otra herida que me rompe el alma!

INÉS. Qué profieres Alberto?

ALB. Oye mis duelos:
Anoche te encontré celosa y dura!

INÉS. Es cierto, á qué negártelo; los celos
son del alma vivísima tortura!

ALB. Y despues conociste, bien amado
que tu injusto rigor no merecia.

INÉS. Me convencí en efecto.

ALB. Y de contado,
pasaste del error, á la ironía?

INÉS. Así es, más no veo...

ALB. (Hay en la casa
quien juzga criminal á la inocencia!
si no pudo ser ella, no!) Repasa
tus recuerdos, Inés. Hay evidencia
de que nadie se hallaba aquí escondido.

INÉS. Micaela observó con gran empeño,
y yo misma cerré, sin hacer ruido,
esa puerta por dentro, amado dueño.

ALB. Entónces quién me hirió, qué mano aleve
el acero clavó en el pecho mio?

INÉS. Alberto, no lo sé!

ALB. (Qué pensar debe
mi incierto corazon. Dios santo y pio?)
Llegó tu padre aquí; viéndome yerto,
diria: «Quién lo hirió.» No tiene duda...

INÉS. Se buscó al criminal, pero ay! Alberto
á nadie se encontró.
ALB. (Terrible duda!)
Un sueño me parece! Inés, confiesa:
dónde estaba el puñal con que fuí herido?
INÉS. En el cajon izquierdo de esa mesa
mi padre lo guardó!
ALB. Nadie ha sabido
que en ella lo guardáran?
INÉS. Solamente
mi padre, yo y don Alvaro.
ALB. Y tu padre
le halló despues?
INÉS. Buscólo inútilmente.
ALB. Di la verdad, Inés, mal que te cuadre!
INÉS. Qué tienes? Te hallas mal, Alberto mio?
ALB. Cuando cesó la luz, por mí viniste,
á mi lado, verdad?
INÉS. Qué desvarío!
recuerda que la mano me cojiste.
ALB. Me abrazaste despues con mucha fuerza
diciendo: «No te rias, te lo ruego.»
INÉS. Eso es, eso es!
ALB. Tu mente esfuerza.
Y luego, Inés, por Dios, que pasó luego?
INÉS. Luego, tú sabes lo demás.
ALB. (Dios mio!
vacila su razon. Será posible
el que loco yo esté! Luces ansío
que me descubran la verdad terrible!)
Mírame Inés al rostro!
INÉS. Empeño insano
ALB. (Imposible, señor, es buena su alma.)
Deja en tu corazon poner mi mano.
(Es inocente, si, late con calma!)
(De su virtud en aras yo me inmolo;
pues mi fatal sospecha injusta ha sido!)

INÉS. Yo creo que el autor de nuestro dolo
es un fantasma odioso aparecido!
ALB. Un fantasma! Qué dices? Farsa horrible!
(Indignado.)
Puede llegar á tanto la imprudencia
que se trueque por burla! es imposible?
INÉS. Qué dices? Tú deliras
ALB. Mi presencia
evita, Inés, de hoy más...
INÉS. Alberto! Alberto!
No ves que el corazon me despedazas
con tus duras palabras sin concierto?
Explícate. ¿Por qué así me rechazas?
Por qué me insultas vil?
ALB. Vano es que clame
tu voz al corazon; infame has sido!
INÉS. Ah! delira sin duda!
ALB. Eres infame!
INÉS. Con su fiebre tal vez pierde el sentido!

ESCENA XII.

DICHOS, EL CONDE, DON ALVARO, GERMAN, VALENTIN Y ALGUACILES.

CONDE. Desdichada! disponte ante los Jueces,
de tu culpa á sufrir las consecuencias!
ALB. Lo ves?
INÉS. Mi culpa! Oh! Dios!
ALB. Bien lo mereces.
GERM. Ya se acercan.
INÉS. Quién viene? Mi impaciencia
disculpe mi ansiedad; no habrá ni un alma
que compadezca mi dolor funesto?
CONDE. (Del martirio sin duda esta es la palma!)
ALV. En nombre de la ley....
INÉS. Señor, qué es esto?
ALV. Daos presa...

INÉS. Yo presa? Desde cuándo!...
Yo señor! Qué decís? Oh! padre!

CONDE. (Rechazándola.) Aparta!

INÉS. Alberto de mi vida!

ALB. (Apartándose de ella.) Vé pagando
las faltas de tu crímen!

INÉS. Se me parte
el corazon, Dios mio!

ALB. (A D. Alvaro.) Caballero!
que no se culpe á nadie de mi herida.
Retiro lo que dije. Yo, suicida,
en mis entrañas sepulté el acero!

INÉS. Suponer que es mi mano quien le ha herido!
(Delirante de dolor.)
Herir una á su amor! Locura impia!

ALB. Oh! pierde la razon!

INÉS. Já, já, já! Yo he sido!....
(Demente.

GERM. (Callaré la verdad!)

INÉS. Virgen María!
(Cae en una silla.)

(CUADRO. Cae el telon)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

MICAELA Y VALENTIN.

MIC. Ya, gracias á Dios, el sueño
tiende sobre ella sus alas.
Es Valentin. Y don Alvaro?
VAL. Está con el Conde. Encarga
que aquí le esperemos.
MIC. Cómo
la llave en la puerta falta?
Pobre señorita mia.
En ese cuarto encerrada
como si fuese una fiera!
Ay! que condicion tan áspera
tiene ese señor D. Alvaro!
VAL. Ni siquiera tiene entrañas!
A quién sino á él le ocurriera
prenderme á mí! Cosa rara!

Despues de haber confesado
doña Inés...

MIC. Pero aun te falta
probar que no fuiste cómplice
del delito!

VAL. Mujer, calla,
no hagas juicios temerarios!

MIC. Tú no quisiste salvarla?
bien caro habrá de costarte
la negativa.

VAL. A mí nada
podrá hacerme la justicia!
Soy un inocente!

MIC. Trata
de hacerlo ver sin embargo,
pues don Alvaro declara
que eres tú solo el causante
de todas nuestras desgracias.

VAL. Yo?

MIC. Sí; tu diste lugar
con tu maldecida carta
á que supiese esa niña
la verdad toda; la trama
por tí se supo: tú fuiste
quien excitaste la rábia
de doña Inés; ya comprendes
que el amo, que no es un maula,
te querrá hacer mil pedazos
para desahogarse el alma.

VAL. Y eso cruel, te regocija?

MIC. Bastante! Y si no mirára.....

VAL. Las mujeres se han propuesto
exterminar nuestra raza!

MIC. Ay! Ojalá que pudiéramos!

VAL. No te acerques con la espada
que llamo á los alguaciles.

MIC. Llámalos.

VAL. Ay! Qué cachaza!
ni áun á los guidillas
esta mujer...
MIC. No más charla.
Sé que esta noche te acuestas
en la cárcel.
VAL. (Temblando.) Santa Bárbara!
Pero el Juez dijo que el viaje
no se haria hasta mañana!
MIC. Lo creo! Para engañar
á los criados de la casa.
evitando á doña Inés
la pena de ser mirada!...
VAL. No es cierto...!
MIC. Desde el balcon,
aun á divisar se alcanza
la luz del coche que vino
desde Valencia á llevársela!
VAL. Me van á llevar en coche?
MIC. Eso quisieras; te engañas.
En coche no irá más que ella.
Tu irás á pié, de vanguardia,
muy si señor; con los brazos
atados sobre la espalda!
VAL. Esta mujer es terrible!
MIC. Ya se acercan. Dios nos valga!

ESCENA II.

DICHOS, EL CONDE. DON ALVARO.

ALV. Dí, Micaela, sabes tú
si duermen todos en casa?
MIC. Sí, ménos ella...
ALV. Pues dila
á tu señora que salga.

MIC. Piedad, señor.
ALV. Obedece
sin chistar.
CONDE. Alvaro, aguarda
un momento, que quiero ir...
VAL. (Vaya que mi suerte es mala;
si el uno no me extrangula
el otro á palos me mata!)
(Vánse Micaela y Valentin.)

ESCENA III.

EL CONDE Y DON ALVARO.

CONDE. Con qué es de véras? No hay duda!
Te la llevas? Síno cruento!
ALV. Debiste de tu aposento
no salir...
CONDE. ¡Desdicha ruda!
Se me parte el corazon,
no puedo más! Estoy loco!
ALV. Me aseguraste, hace poco,
sufrir con resignacion!
CONDE. Tenerla esperaba, es cierto,
cuando el mal lejano estaba.
Viéndole cerca se acaba
mi valor. Mírame yerto.
Detesto á mi hija, decia,
pues nada tiene en su abono,
la aborrezco, la abandono,
reniego de su falsía!
Así hable; no hay que negarlo;
pero ignoraba al decirlo
que es tan difícil sentirlo
como es fácil el hablarlo!
ALV. Sobrada y sincera causa
justifica tu dolor!
Pero, Guillermo, valor.

Da á tus penas una pausa.
Fulmina á veces el cielo
los males á manos llenas
y tu pena es de esas penas
que aquí no tienen consuelo.

CONDE. Solo eso puedes decirme?

ALV. Qué más he de hacer al verte
tan triste? Compadecerte
y á mis solas afligirme!
Abrevia esta situacion
dolorosa...

CONDE. Está en tu mano
que acabe, pero inhumano
tú no tienes corazon!
Alvaro, de tu piedad
dame una muestra; consiente
que huya con ella!,,.

ALV. Detente!

CONDE. Tu responsabilidad
quedará á cubierto. El coche
lejos sabrá conducirnos.
Quién podria descubrirnos
al abrigo de la noche?
Una esperanza propicia!
No?

ALV. Servirte no me es dado!

CONDE. Qué habrá para tí sagrado?

ALV. El deber y la justicia.

CONDE. Yo haré que despues el rey
nos indulte!.,.

ALV. Y mi conciencia?

CONDE. Un indicio!

ALV. Una evidencia!

CONDE. Y la amistad?

ALV. Y la ley?

ESCENA IV.

DICHOS, ALBERTO Y VALENTIN.

ALB. Un instante hablarle quiero,
señor Juez!
CONDE. Con esa herida,
á estas horas!
ALB, Por mi vida
no tema usted, caballero.
Dios en su arcano insondable
no permite, aunque os asombre,
que de la muerte de un hombre
se juzgue á Inés responsable.
Sé que pronto partirá
de horrible castigo en pós,
dejadme darla un adios
que mi amor compendiará!
Su crímen perdonaré;
y ya que su encanto pierdo
al adorar su recuerdo
por ella á Dios pediré!
CONDE. Alberto! Alberto! Tú no
creerás culpable á tu Inés?
ALB. Ay! padre mio! Usted es
más desgraciado que yo!

ESCENA V.

DICHOS, INÉS, MICAELA.

INÉS. Ya estoy!
ALB. Inés, te perdono!
CONDE. Hija y tu padre tambien!
INÉS. (Ellos me perdonan, quién
mas razon tienen en su abono?)
Vamos.

CONDE. Pero así te vas?
INÉS. Bastante pesar os dejo!
CONDE. Hija, tu padre está viejo (Muy conmovido.)
A verlo no volverás!
Mi pobre pecho codicia
abrazarte.
INÉS. No ha de ser.
¡Abrazar á una mujer
penada por la justicia!
(Con ironía.) Esa mujer tan infame
tan criminal que os deshonra,
derecho no tiene á la honra
de que su padre la llame:
todo el orbe es su enemigo;
por eso en vez de ese abrazo,
debeis decir, te rechazo,
te desprecio y te maldigo!
ALB. Esplícate sin ambaje,
Inés, que aun tiempo ha de ser...
CONDE. Qué quieres darme á entender
con tan extraño lenguaje?
INÉS. No es tiempo ya. Mi destino
por la suerte decretado,
en todo está consumado.
CONDE. Sus intentos no adivino!
INÉS. Ya mi pena será corta.
La justicia de esta gente (Mirando al Juez)
me declara delincuente,
me dá una prision. Qué importa?
Qué me importa, qué, el rigor
de nuestra justicia humana,
si me absuelve soberana
la justicia del Criador?
CONDE. Oyes, Alvaro, lo ves?
Era inocente!
ALB. Inocente!
ALV. (Ap.) (Es su acento delincuente!)

ALB. Habla, por Dios, habla Inés!
Eres inocente? Dilo!

CONDE. Habla, Inés, ténme piedad
Compadece mi ansíedad,
mi crudo afan intranquilo!

INÉS. Ciegos estais; la razon
cuál no miran refulgente?
Para que sirve la mente,
de qué vale el corazon?

(A Alberto.) Soy yo, Alberto; tu mirada
penetre hasta el alma, yo,
la que tanto te adoró,
y fué por tí tan amada!
Un punto juzgas posible
que te hayas enamorado,
de un ser inícuo y malvado,
de una mujer insensible?
Que mujer tan mala, dí,
en su casa al recibirte.
seria capaz de herirte
cual supones que te herí?
Tú no solo por mi mal,
me tienes por delincuente,
tú me juzgas, inclemente,
como una furia infernal!

(Al Conde.) Padre, soy yo, pero ya
me olvidais; pena prolija!
Si él no reconoce á su hija
quién la reconocerá?
Fálsos son, aunque do quiera
las indicios encontramos.
Adios! Don Alvaro, vamos,
que ya la cárcel me espera!

CONDE. Es inocente! Perdon!

ALB. Oh! Cielo siempre enemigo!
El perderte es mi castigo!

ALV. Vamos, Inés...

CONDE. Compasion!
Y osas llevarla? (A D. Alvaro).
INÉS. Mi amante
y mi padre, en mi inocencia
creen por fin; la sentencia
el Juez decrete cuanto ántes!
Dios tambien desde su esfera
me mira; tranquila estoy,
casi venturosa soy;
partamos donde usted quiera!
CONDE. Oh! Nadie la arrancará
de mis brazos! (Abrazándose a ella.)
ALB. Imposible!
Iniquidad tan horrible
la ley no consumará!
ALV. Que un crímen se ha cometido, (Con gravedad)
cosa indisputable es!
Si en efecto no fué Inés
la culpable, quién lo ha sido?
CONDE. Por qué oscura, la evidencia
se encubre tras ese velo? (Desesperado.)
INÉS. Padre, hay un Dios en el cielo
que vela por la inocencia!
CONDE. Hija mia!
ALB. El que te amó
te perdona!
INÉS. Padre mio!
ALV. Salgamos ya!
CONDE. Desvarío!
INÉS. Alberto, adios, padre...
TODOS. Oh!
(Viendo á German que sale por la puerta falsa dormido.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, GERMAN, (sonámbulo.)

MIG. El sonámbulo!
ALV. Si, que no despierte.

CONDE. German tal vez. .
ALV. Silencio!
ALB. . Acaso él fué!...
GERM. Va á venir: nada tengo. Fatal suerte!
(Dormido.) Nada valgo: Jamás me ha de querer.
El la quiere; vendrá. Vendrá sin duda.
Don Alberto la pide por mi mal
y lo consiente el Conde. Oh! pena ruda!
Unidos los veré, síno fatal!
Pero tarda: ojalá que pronto llegue!
Cómo sufro; cuál late el corazon,
Qué latir; allí está; tal vez se niegue;
no, que la espera amante en el balcon.
Un silbido, otro más; duda, vacila...
Que no venga ese hombre por su mal!
Otro escucho, el tercero; ella tranquila
asoma luz y el rostro celestial!
Desdichada! Qué has hecho? Escucho un (nombre.
Le aguarda con afan! Él es! él es!
Puede amar mucho el corazon de un hombre,
pero más puede aún aborrecer!
Cuál se quieren! Cuál truecan sus enojos
por amante pasion, que es su anhelar..
Un abrazo! Otro mas, ante mis ojos!
(Remedando la escena última del 1.er acto.) Será el último, si, lo he de matar!
Es ella! qué iba á hacer! es él ahora!
Já, já já! le traspaso el corazon!
Ay! ay! ya le maté, suerte traidora!
Pensarán que es Inés, no hay salvacion!
Ella en los calabozos, despreciable
para siempre. Fantasmas que quereis?
Remordimientos duros, imp'acables,
por qué me perseguís, qué es lo que haceis?
Mia ó de nadie. Inés, si no eres mia;
eu inocencia á los jueces callaré;
y viéndote sufrir con alegría,

que á Don Alberto herí, nunca diré!

ALV. Harto has dicho por quien soy)

CONDE. Despierta ya, desdichado!

ALB. El era; y yo que he dudado!...

GERM. Eh! Me llaman! Dónde estoy!

(Despertando sobresaltado.) Oh! aquí; dormido tal vez!
Qué he dicho?

ALV. Tu vil secreto!

GERM. Mi secreto!

VAL. Te prometo
que has de pagarlas, pardiez!

GERM. Qué decis?

ALV. El cielo es pío!

GERM. Dejadme ver esa puerta...
Condenacion! está abierta!

CONDE. Hija!

ALB. Inés!

INÉS. Alberto mio!

GERM. Mi Alberto! Cruda ansiedad!

(Tosiendo.) Qué es esto! Sangre! Oh! Alberto,
Inés, ay! Dios mio! (Cae.)

ALV. Ha muerto!

INÉS. Perdona, ¡oh Dios! su maldad!

ALV. La inesperada emocion
de su crímen declarado,
una arteria ha dilatado
de las de su corazon.

INÉS. Veis, padre? De la inocencia
siempre la dicha vá en pos,
porque justo pone Dios
un grito en cada conciencia!

(Cuadro. German, víctima de una lenta agonía, en el centro, revolcándose por el suelo y arrojando sangre por la boca en un pañuelo; todos los personajes horrorizados y formaddo grupo. Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.